

bra empeñada con el *caballero* Alsina Redondo. Abandonando contra mi voluntad, la hospitalidad de Don Joaquín, conseguí, gracias á una marcha forzada, salvar la Cuesta Dieguita, hacia la media noche del día convenido con el señor Redondo; llegué á la puerta de una plantación en las primeras horas de la mañana; llamé y no contestó nadie; no tuve otro remedio que pasar la noche sobre unas piedras.

Al día siguiente pasé á Treinta y recordé al señor Alsina las promesas de excursión, que, á pesar de su exquisita cortesía, ni siquiera intentó excusarse; tan prodigiosa le pareció mi ingenuidad. Las fórmulas de cortesía, las frases falsas de una etiqueta vana, y las promesas entusiastas, hechas sin la menor intención de cumplirlas, son una verdadera plaga de las sociedades donde domina la influencia española. Los extranjeros que no están acostumbrados á todas estas falsedades, se creen ante hombres que no son capaces de decir una verdad. Cuentan que el general Bolívar tenía la costumbre de reclutar caballos, tomando la palabra á los que abusaban de las fórmulas corteses.

—¡Qué hermosos caballos!—decía el general al ver ganado que le gustaba.

—*Están todos á la disposición de usted,*—contestaban los propietarios.

—Muchas gracias.

Y el general daba orden á sus soldados de recogerlos.

## XIII

La caravana.—El paso del Enea.—El Pantano.  
Las plagas del Volador.

Habitando Nueva Granada desde más de un año, conocía las costumbres de los indigenas y los recursos agrícolas del territorio; tenía numerosas y agradables relaciones, y podía contar con las simpatías de mis nuevos conciudadanos lo mismo que si yo fuera río hachero. Había llegado, pues, el momento de realizar mis planes agrícolas en un valle cualquiera de Sierra Nevada. Don Jaime Chastaing, el carpintero francés, estaba cada día más descontento de su suerte; me rogó que le aceptara como asociado, y yo tuve la debilidad de ceder. Creí cándidamente que don Jaime había descubierto al fin su verdadera vocación á la edad de setenta años y que toda su actividad dormida había despertado al fin. Como tenía en cuenta que iba á vivir ante los indios aruaques, lejos de toda sociedad civilizada, me parecía estar poco acompañado, en medio de la naturaleza virgen, con sólo mis libros y mis proyectos.

Antes de transportar á Sierra Nevada los instrumentos agrícolas, herramientas, y todos los objetos necesarios para una explotación regular, era necesario hacer primero un viaje de exploración y reconocimiento. Empezada á organizar esta ex-

cursión, surgieron ya serios obstáculos. ¿Cómo me arreglaría para vivir en la Sierra, entre los indios, que ignoran el valor del dinero y no venden frutos y raíces sino á cambio de otros géneros? ¿Debia llevarme una gran caravana de bestias, cargadas de provisiones para un tiempo ilimitado, ó bien, era preferible limitarme á hacer operaciones de cambio como hacen los españoles que penetran en la Sierra? Este último procedimiento era más útil y cómodo, porque así, con un sólo asno tenía bastante para transportar de monte en monte mi pequeño comercio ambulante, compuesto, como el de los demás tratantes, de algunas libras de bacalao, lanas de diversos colores, etc. En general, se les vende también aguardiente á los aruaques y hasta es el artículo que más salida tiene entre ellos. Como yo pretendía desempeñar un papel de civilizador, no quise venderles tan funesta bebida.

Al empezar la segunda temporada de sequía, (*veranito*) que en el Estado de Magdalena dura desde primeros de Noviembre hasta últimos de Diciembre, salí un día muy temprano, hacia el punto de mi destino, acompañado de Luisito, hijo de mi asociado Chastaing. Yo iba delante seguido de un modesto burro cargado con algunos fardos: detrás, Luisito, que era el primer viaje que hacía por la Sierra y se creía obligado á llevar consigo toda una panoplia: un fusil, dos ó tres machetes, pistolas y cuchillos. Dos perros guardaban los flancos de la caravana. Un tratante, con quien tuvimos ocasión de hablar la víspera, nos dijo que la playa estaba en buenas condiciones y que era posible pasar á pie todos los ríos. Nuestro viaje empezaba bajo buenos auspicios; sin embargo, ¡cuántas peripecias habian de poner á prueba nuestra paciencia.

En dos ó tres parajes difíciles, es preciso evitar promontorios escarpados que se levantan perpendiculares sobre el mar; pero, en el resto del trayecto, se sigue la playa entre el mar y la costa ó las infinitas dunas. El bosque no aparece sino á alguna distancia del mar.

Caminábamos resueltamente por la playa, aproximandonos á la costa cada vez que la ola llegaba, y bajando hacia la arena cuando se retiraban las aguas. Después de seis horas de este género de gimnasia, el cansancio empezó á dejarse sentir. Los ardientes rayos del sol, reflejados en la arena de la playa y refractados sobre la superficie del mar, nos envolvían en un vaho insoportable; la sed amenazaba devorarnos, y, cuando mi compañero habia concluido nuestra pequeña provisión de agua, empezó á quejarse amargamente. Todos los medios usados en tales casos fueron inútiles: el fruto agrio del cactus, que encontrábamos por tierra, apenas nos refrescaba la boca; el agua del mar no servía más que para producirnos escoriaciones en el paladar; la sed aumentaba por momentos. Por fin, llegamos al rincón de la Guásima, que sirve de puerto al pueblo de Camarones, situado en el interior de las tierras, y mientras mi camarada se dejaba caer extenuado á la sombra de un viejo cocotero, yo me marché en busca de una pequeña fuente que me habian dicho manaba cerca de la Guásima. Estaba seca, tal vez desde la víspera, porque el suelo aparecía húmedo aún; ¡ni una gota de agua! Volvía á anunciar la triste nueva á Luisito, cuando, al levantar la vista para mirar al cocotero, apercibí dos nueces medio ocultas entre unas hojas secas. ¡Qué maravilloso encuentro! ¡El pobre árbol, único que se encuentra en toda la costa de Río Hacha, diez leguas al Oeste, estaba tan mar-

chito, había recibido tantos machetazos de los caminantes, que ni siquiera había pensado yo en que pudiera tener fruto alguno.

Subí, no sin pena, y cogí las dos preciosas nueces. Algún tiempo después, cuando pasé por la Guásima, el cocotero parecía completamente muerto; pero al pie de su tronco seco habían empezado a construir una especie de venta. Los pasajeros no morirán ya de sed en estas ardorosas playas; era un progreso evidente de la civilización granadina.

Más allá se extiende la vasta laguna de Camarones, que comienza en el canal de Navío Quebrado; algunas veces, las arenas obstruyen completamente esta abertura y se puede pasar á pie en seco, pero, lo que ocurre con más frecuencia, es que haya una rápida corriente del mar á la laguna ó de ésta al mar.

Durante nuestro viaje, la corriente era del mar á la laguna. Atravesar esta corriente, era imposible á causa de la violencia de las aguas y la móvil arena de la playa, que se hundía bajo nuestros piés. Tuvimos que remontarnos á lo lejos hasta el interior de la laguna y pasamos por un vado de arrecifes que distingulamos vagamente debajo del agua. Este paso fué un verdadero desastre; el asno se atascó, los fardos se marcharon flotando por la laguna y nos vimos obligados á arrojarlos al agua para pescarlos. Mojados, con las ropas rotas y los pies ensangrentados y deshechos por las piedras de los arrecifes, pudimos llegar, por fin, á la orilla opuesta con nuestro desgraciado burro y los dos perros tan extenuados como nosotros dos. Luisito había perdido sus dos pistolas y yo mis zapatos; tuve que continuar el camino con sandalias.

Esperábamos pasar la noche agradablemente y reponernos del cansancio del día, en punta Cari-

cari, situado sobre un promontorio al otro lado de una vasta sabana rodeada de lagunas; pero no habíamos contado con los mosquitos y los *pilos*, grueso coleóptero que se pasea por encima del que duerme y le muerde hasta hacerle sangre. La noche entera la pasamos haciendo tentativas para dormir, y otras veces paseándonos por la orilla del mar con la vana esperanza de encontrar un sitio no infestado de cínifes. Además, el olor pestilente de algunos toros muertos y medio comidos por las águilas, nos alcanzaba por todas partes, y temíamos que este olor atrajera algún puma ó león, que visitan con bastante frecuencia el rancho de Caricari.

¡Qué alegría cuando se anunció el nuevo día con su aurora fresca y deliciosa, como lo son todas en las regiones tropicales! Los árboles, las dunas, los horizontes, salieron gradualmente de la obscuridad en que estaban envueltos: el sol, levantándose por encima de los bosques lejanos, lanzó sobre las aguas sus miríadas de rayos y doró la línea del horizonte. Doblábamos el promontorio de Punta Tapías en esa hora y á cada paso aparecía, por el lado Oeste, un nuevo detalle del admirable panorama de las montañas. La cordillera de Sierra Nevada, de la que el día anterior sólo habíamos visto las vertientes superiores y heladas, se aparecía completa de Oriente á Occidente y desde la cumbre á la base, como inmenso cuadro destacándose sobre el azul del cielo y de los mares. Por la izquierda, una vasta bahía semicircular prolonga hasta el pie de la Sierra su larga curva de arena. Al otro lado aparecen las primeras colinas pobladas de verdura; luego, las montañas se superponen diversamente, unas cubiertas de árboles, otras de prados, y una línea de montes sucede á otra,

escalonándose hasta el cielo con diversos grados de luz. Por encima de esta agrupación de montes se destaca del azul del cielo la línea erizada de picos cubiertos de nieve. Completamente al Oeste, la cordillera termina en el mar con el promontorio de Punta Maroma, agudo como la punta de una lanza y que parece continuarse sobre las olas por una espesa niebla formada, sin duda, por miriadas y miriadas de mariposas blancas. En todo el curso de la bahía, de quince leguas de longitud, se distinguen dos ó tres cabañas por los grupos de árboles que las rodean: nada más revela la existencia del hombre en tan grande espacio. La vida animal misma, no tiene otros representantes que algunas águilas dando vuelas sobre el mar. Una paz solemne reinaba en la naturaleza. El único contraste con la profunda tranquilidad del Océano y los montes, lo producía el ruido de las olas, que se deshacían en espuma al chocar con un escollo que hay cerca de Punta Tapia, un poco al Norte. Este hermoso espectáculo me compensaba de muchas fatigas, y si mi largo viaje no me hubiera producido otros goces, me creería, no obstante, largamente recompensado.

Nuestros pintores han hallado asunto para hermosos cuadros en los desiertos de Palestina y el Egipto, y desde hace siglos nos reproducen felizmente los horizontes rojos y las rocas quemadas. En América hallarán la luz del mismo sol de Oriente, y además, como resumen de la naturaleza, esas sabanas verdes que se pierden hasta el horizonte, esas lagunas sin fondo, ocultas bajo una indescriptible vegetación flotante, esas montañas nevadas con sus contornos elegantes y gigantescos, y esos bosques feracísimos compuestos de árboles de todas las zonas y todos los climas del mundo.

Antes de llegar á la aldea de Manavita teníamos que atravesar el Enea, el río más peligroso de la provincia, por la rapidez de la corriente y, sobre todo, por los animales que lo pueblan, cocodrilos, tiburones, *pantufleros* y rayas eléctricas (cartilaginoso). Según la opinión general, que sin duda alguna está fundada en la experiencia de los siglos, los cocodrilos son temibles en algunos ríos, mientras que en muchos otros, resultan comparativamente inofensivos y no atacan nunca al hombre; muchos viajeros que atraviesan sin temor el Percevere y otros ríos de la comarca, no se atreven á pasar el Enea, á cuyos cocodrilos se les acusa de antropófagos. ¿De dónde proviene esa voracidad particular que distingue á los del Enea? ¿Es que hallándose en condiciones más favorables, los terribles saurios alcanzan dimensiones más formidables que en otros ríos? ¿O bien, es que estando las orillas y las aguas despobladas se ven obligados los cocodrilos, impelidos por el hambre, á hacer presa en todo lo que pueden? Las rayas, que pueblan la desembocadura, son tal vez más terribles que los cocodrilos, porque el primer contacto basta para hacer perder el conocimiento. Estos terribles animales han hecho que se abandonara la pesca de perlas en la bahía de Panamá: el año 1854, diez y siete negros, pescadores de esta ciudad, fueron víctimas de las descargas de estos animales.

El temor con que avanzábamos, aumentaba á medida que nos aproximábamos á la orilla; ya antes de llegar, por el banco de arena que separa el mar de la primera de las dos desembocaduras, habíamos observado anchos surcos abiertos por el vientre de los cocodrilos, y como estos animales no frecuentan ordinariamente más que las aguas salobres, habíamos visto tres, flotando en las aguas

del mar, como troncos nudosos. Y, sin embargo, teníamos que pasar por la barra de las dos bocas, que se veían á nuestra derecha con sus dos conexas líneas de rompientes.

Primero tuvimos que descargar el burro y empujarlo por entre el agua y la espuma hasta la isla de arena en medio del delta; luego, volver dos veces cada uno para pasar los bultos y los perros que estaban asustados del ruido de las aguas. Ya una vez sanos y salvos con provisiones y animales en la isla de arena, nos faltaba atravesar la mayor y más peligrosa boca del río. Esta tenía unos doscientos metros de anchura, pero el agua nos alcanzaba, en los sitios más profundos, á los sobacos; de modo, que nos era fácil agitar violentamente debajo del agua nuestros machetes para asustar á los animales que se hubieran acercado á nosotros con demasiada curiosidad. Poco después, llegábamos á la orilla, pero al pasar por un pequeño brazo del río, en el que ni siquiera nos habíamos preparado para la defensa, uno de los perros que se había retrasado fué cogido repentinamente y desapareció de la superficie.

Después del Enea, tuvimos que pasar varios arroyos más, afluentes periódicos de la laguna, no ofreciendo para nosotros otra particularidad desagradable que la de estar sus aguas corrompidas.

Es cosa curiosa que prueba cómo en la naturaleza obedece todo á leyes inmutables, el ver la forma de desembocar estas corrientes en el mar. Lo mismo que el Enea, todos los demás arroyos tienen sus bocas dirigidas hacia el Oeste, porque los vientos alisios y las corrientes, se dirigen siempre de Norte á Suroeste, y, por el movimiento incessante, forman un ancho banco de arena sobre las aguas, en toda la extensión de la orilla oriental

de las diversas bocas. Durante la temporada de lluvias, las lagunas situadas entre las aldeas de Punta del Diablo y Dibulla, abren hacia el mar diez ó quince afluentes que, todos sin excepción, corren de Este á Oeste á través de la arena, antes de precipitarse en el Océano.

En Dibulla apenas me detuve una hora, en donde algunos meses después debía pasar días bien tristes, en la cabaña del Pantano, que se eleva en el punto mismo donde el camino de la Sierra se aleja de la orilla del mar. La cabaña lleva el nombre de la laguna que hablamos de cruzar al día siguiente; inútil es decir que la existencia es un verdadero martirio en esta miserable choza; entre todas las caletas de la costa, ésta ha merecido el nombre de Rincón-Mosquito.

Sierra Nevada está rodeada por casi todas partes de zonas pantanosas, que son, evidentemente, escarpaduras separadas de los llanos próximos. Inmediatamente después de la salida de la cabaña del Pantano, se sube una de esas escarpaduras en la que los árboles espinosos crecen por entre las piedras; luego, se baja á una vasta sabana en la que aparecen esparcidos ramos de tulípanes, algunas palmeras mauricias y grupos de juncos gigantes: aquí empieza el Pantano.

Durante la temporada de lluvias, la abundancia de agua acumulada, rompe por algunos lados el cerco de dunas que las separa del mar: entonces es bastante fácil pasar porque la salida del agua determina corrientes en forma de arroyos, de aguas relativamente claras; pero durante la sequía las olas forman un nuevo cordón litoral en las desembocaduras de la laguna, las aguas que bajan continuamente de los montes se acumulan en estas concavidades y se transforman en cenagales infec-

tos, habitables sólo por cocodrilos y otros animales. Nuestro viaje lo realizábamos durante la sequía. El Pantano, humeante de miasmas, extendía su capa de agua corrompida. Una abertura practicada entre los juncos, nos indicaba el punto por donde pasaba el camino, y á pesar del malestar que nos inspiraba la laguna, era preciso atravesar el líquido tibio y pegajoso, bajo el cual nuestra imaginación suponía innumerables reptiles. A medida que avanzábamos, el suelo se hacía más cenagoso; cada paso levantaba algo así como soplos de olores pestilentes que se cogían á la garganta, y, de repente, nos encontramos sumergidos en el cieno hasta los hombros, en medio de la fetida laguna; el cieno cedía bajo nuestros pies y bien pronto nos fué imposible levantar nuestras ropas sobre las aguas. Delante de nosotros la laguna extendía su tranquila superficie, de la que salían inabordables grupos de cañas y árboles gigantescos sin hojas que alargaban sus ramas como brazos de un catafalco de suplicio; todo signo que indicara la existencia de un camino, había desaparecido completamente; adelantar un paso más, nos era imposible. Afortunadamente, nuestro jumento, que se había quedado detrás olfateando el espacio con espanto, no quiso adelantar; tuvimos que dar media vuelta y volver al punto de partida.

El dueño de la cabaña del Pantano, viejo, leproso y ciego, no podía enseñarnos el camino, pero, á cambio de nuestro jumento, nos prestó un buey que había hecho varias veces el camino y que nos podía servir de excelente guía. En efecto; llegados al medio del pantano, el animal volvió á la derecha, pasó por entre dos cercas de juncos que nosotros habíamos visto pero que no creíamos tuviera salida al final, y nos sacó á una punta de

tierra firme, que tenía á los lados dos profundas bahías.

Anduvimos durante una hora para atravesar el llano cenagoso que circuye el pie de la Sierra.

Un aire más puro y menos húmedo, el murmullo de las aguas corrientes, el canto de los pájaros, la belleza exuberante de la vegetación, nos anunció el cambio de zona. Sobre nuestras cabezas, las ramas de las palmeras enlazadas entre sí y atadas por un tejido inextricable de lianas, formaban un arco de verdura; por todas partes flores, árboles, plantas, perfumes; árboles cayéndose de viejos con sus troncos cubiertos de hojas lozanas; otros, de pie todavía, ocultos por la verdura *matapalo* (*Ficus dentrocida*) y del *copey* (*Claria alba*), parásitos que rodean á los troncos formando una nueva corteza y viven de su savia. A cada paso veíamos nidos del pájaro *gonzabillo* suspendidos como frutos y balanceándose al extremo de sus cuerdas verdes; por el suelo húmedo, las hormigas, en procesiones interminables, se arrastraban llevando algo en la boca hacia su ciudad subterránea. Un zumbido ensordecedor, producido por el concierto de gritos, cantos, murmullos y silbidos, salía de todas partes. ¡Por cuántas miriadas de seres habitando sobre las hojas, entre la corteza, bajo las piedras y en el espacio, está poblada la selva! ¡En medio de esta naturaleza pletórica de vida, en donde la voz del hombre parece una profanación, es preciso ser muy necio y orgulloso para suponerse rey de la creación!

Después de haber subido las primeras pendientes, se llega al rancho del Volador, así nombrado por un árbol (*Cyrocarpus americanus*) que extiende sus grandes ramas sobre la cubierta. Este rancho ha sido construido por los indios aruaques para

que sirva de refugio al desgraciado viajero, á quien el cansancio, la tempestad ó el crecimiento de los ríos, priven de continuar su camino; desgraciado he dicho porque la existencia es apenas posible en el Volador, por los innumerables insectos y otros animales que habitan este paraje y que los neo granadinos designan con el nombre genérico de plagas.

En primer término, están los mosquitos de toda especie, cuyos torbellinos vuelan incesantemente bajo los árboles; se lanzan á millares sobre la más insignificante parte de carne descubierta, y, para medio librarse de ellos, es preciso entregarse sin tregua á una gimnasia desesperada y correr de un lado á otro como un condenado. Hacia la tarde, cuando los millares de mosquitos se han hinchado de sangre humana, los enjambres desaparecen por grados, pero, inmediatamente, son reemplazados por nubes de *zancudos*, enormes cínifes con el dardo de un centímetro de largo, que vienen á tomar parte en el festín. ¿Cómo librarse de la plaga durante una noche? Su aguijón atraviesa todas las ropas, y lo mismo si se defiende la víctima furiosamente, que si hace esfuerzos para descansar, igual ha de sacar su cuerpo ensangrentado y lleno de vejigas. Al amanecer, los *zancudos* desaparecen á su vez; pero, otra legión de mosquitos está presta á sucederles, y apenas se ha podido respirar durante un segundo, cuando se ve uno envuelto por otra nube de enemigos. Hay otras especies de cínifes que no descansan de día ni de noche; entre otros, el *jejen*, insecto imperceptible que no se siente ni entre los dedos que le aplastan; además hay otro insecto, también continuo, que su dardo produce el efecto de una ventosa y deja en la piel una pequeña mancha de sangre coagulada, que sólo desaparece des-

pués de algunas semanas. Si se está mucho tiempo expuesto á las picaduras de los insectos, la cara adquiere un aspecto repugnante.

Esos terribles mosquitos, no son, sin embargo, la plaga más terrible del Volador y las regiones vecinas. Los garrapatos son tan numerosos, que en los troncos de los árboles forman á manera de otra corteza, y, si se tiene la desgracia de caer en medio de una de esas tribus, inmediatamente se encuentra uno cubierto de esos animales, que se sirven de sus patas agudas para agarrarse al cuerpo: todo intento para librarse de ellos es inútil; es preciso esperar á que se hinchen lentamente de sangre, y sólo dos ó tres días después, se desprenden del cuerpo, cayendo como frutos maduros. En cuanto á los grandes garrapatos llamados *bárberos*, (*ci-rujanos*), en el lenguaje del país, se introducen profundamente en la carne, y sólo se les puede extirpar con la punta de la navaja. La *nigua* (*œstras humanus*) es otra de las plagas del Volador.

A las torturas de estos insectos, coaligados contra el desgraciado viajero que se refugia en el Volador, hay que añadir el peligro de ser picado ó mordido por los escorpiones, serpientes, arañas, escorpionidas ó mil pies, animal que alcanza hasta quince centímetros de longitud. Los animales domésticos y, sobre todo, las bestias de carga, sufren estas plagas más directamente, y, con frecuencia, una sola noche, pasada en el Volador, basta para producirles la muerte.

El riachuelo que pasa por cerca del Volador, arrastra en sus arenas gran cantidad de pepitas de oro, pero cuantas tentativas se han hecho para recogerlas han fracasado: ha sido preciso huir ante los mosquitos. El vicecónsul francés de Río-Hacha, obtuvo, dos años antes de que yo pasara por esta

miserable cabaña, autorización para explotar los placeres del Volador, y allá marchó armado de una tienda de gasa, ingeniosamente construida. Durante dos días intentó vigilar el trabajo de sus obreros, refugiado dentro de su tienda. Los obreros enguantados y la cara cubierta con un velo, pudieron resistir lo mismo que el vicecónsul, y, al terminar el segundo día, amo y obreros, de común acuerdo, abandonaron su lucrativa tarea. Más tarde, un italiano que había sido autorizado por el cónsul para lavar las arenas auríferas del Volador, sufrió la misma suerte, volviendo a Río Hacha después de dos días de trabajo y haber recogido en valor de diez piastras de oro. Los únicos seres humanos que pueden explotar impunemente el arroyo del Volador, son los habitantes de Dibulla y otras aldeas próximas, porque están llenos de lepra, y éstos precisamente no tienen ninguna ambición de riqueza.

Por fortuna, no teníamos ningún motivo para detenernos en el rancho del Volador, y pasamos precipitadamente, tanto por huir de tan inhospitable paraje, como por llegar el próximo rancho antes de que estallara la acostumbrada tempestad que empezaba ya á formarse sobre nuestras cabezas. El camino franquea primero la *Cuchilla*, arista granítica de mil ochocientos metros de altura; luego atraviesa varios riachuelos bastante peligrosos en la época de las lluvias, y rodea una torca de exuberante fertilidad, donde se encontraba hace más de tres siglos el pueblo indio de Bonga. A la otra parte corre el río de Santa Clara, el más ancho en esta región de nevados montes. Cuando nuestra pequeña caravana llegaba á la orilla del río, empezaba á oírse el estampido del trueno y las hojas de los árboles estaban agitadas por el aire

impetuoso que precede á la lluvia. Nuestro buey entró filosóficamente en el agua, y, haciendo esfuerzos contra la corriente, llegó á la otra parte: la idea de montar en el animal se nos ocurrió demasiado tarde, y no tuvimos otro remedio que atravesar la corriente impetuosa, sufriendo no pocas peripecias. Más de una vez, rodando por entre las piedras, nos agarramos á las rocas cubiertas de espuma; cuando llegamos á la otra parte habíamos perdido parte de nuestro bagaje. Por mi parte, había visto desaparecer mis sandalias, y me vi en la precisión de continuar mi marcha descalzo; esta pérdida, no obstante ser de consideración, me dejó tranquilo, porque en cambio había podido salvar á mi perro, que más de una vez estuve á punto de perderlo arrastrado por la corriente.

Pocos momentos después llegábamos á la cuesta Basilio. Mi compañero se ocupaba en hacer la comida mientras yo cortaba hojas y ramas para improvisar los colchones que nos habian de servir de cama. Me llamó la atención el que mi perro no estuviera en la cabaña y, á pesar de la tempestad que había estallado ya en todo su furor, volví sobre mis pasos, exploré por el camino que habíamos seguido, ya convertido en torrente por la lluvia, y no descubrí nada; en los intervalos en que no se oía el trueno, llamaba á mi pobre can, pero no me respondía; no le pude hallar. ¡Sin duda, el desgraciado animal, muerto de frío, no había tenido fuerza para seguirnos! Algunos días después, al regresar de los pueblos indios, ví sobre un montón de hojas un esqueleto blanquecino. El burro que dejamos en casa del ciego del Pantano, había muerto también, picado por las arañas; ¡los tres animales que habíamos sacado de Río Hacha habían muerto!



Inútil es describir aquí las contingencias de la jornada siguiente: Las fatigas fueron parecidas á las de la víspera; pero, en cambio, los paisajes eran más grandiosos á medida que nos internábamos en el corazón de la Sierra; la magnificencia del espectáculo me hacía olvidar que andaba descalzo por un camino cubierto de piedras...

Por fin, llegamos al desfiladero de Caracasaca, siguiendo un antiguo camino empedrado con losas de granito, restos de la civilización desaparecida de los taironas, y atravesamos el torrente Chirúa por un puente colgante, construido por los aruaques; segundos después, llegamos á una meseta pedregosa donde se levantan las chozas del pueblo indio de San Antonio con su iglesia arruinada. Inmediatamente nos dirigimos á la cabaña de *Pan de leche*, célebre cacique de los aruaques.

## XIV

El cacique Pan de leche.—Los aruaques.—El Mamma

*Pan de leche*, á quien había tenido el honor de haber visto varias veces en Río Hacha, era un hombre pequeño, de color rojo negro, con la cara surcada por infinidad de arrugas. De andar sosegado y mirada tranquila, se creía el hombre rico, y satisfecho lo mismo de su ascendencia que de la suerte que gozaba en este bajo mundo.

Poseía, en efecto, una docena de toros, varias mulas, una porción de plantaciones de caña dulce, y, el primero de su raza, se había permitido el lujo de comerse ese pan de leche que le dió el apodo de que tanto se enorgullecía. Era el único entre los indios que podía pasarse sin la intermediación de los tratantes españoles, y él mismo, con sus toros, llevaba los productos de sus campos á los mercados de Dibulla, Río Hacha y otras localidades del llano, en donde hacía las operaciones de cambio. Ordinariamente vestía como sus compatriotas, el sombrero de paja y la túnica de algodón azul; pero, cuando bajaba al país español, tenía el gusto de ponerse unos pantalones cortos y una pequeña chaqueta de grueso paño con botones de cobre, que le daba el aspecto de uno de nuestros campesinos franceses.